

bre todo, si era sustituido por Pinheiro de Acevedo, a quien se considera como «otro Vasco». En este punto se inserta el comunicado del partido comunista que Alvaro Cunhal entregó a los periodistas a la una de la madrugada del 29 de agosto: una hora que consideró como intempestiva, pero justificada, «por la gravedad de la situación». El comunicado proponía una conferencia cumbre entre «los principales sectores que deben y pueden buscar en común una solución a la crisis: concretamente, la conferencia debía reunir al Presidente de la República, el Gobierno Provisional, el Consejo de la Revolución, los jefes de las «distintas tendencias» del MFA (la «izquierda militar», o partidarios de Vasco, los representantes del Copcon y el grupo de los Nueve, o moderados) y a los responsables del partido socialista y de la extrema iz-

quierda (reunida en un «frente unitario»). Cunhal explicó que este llamamiento tiene por objeto evitar un golpe de Estado: «Hay mucha conspiración, muchos conspiradores; algunos no guardan bien sus secretos. Se habla en el interior de las unidades militares, incluso en los cafés...». El partido comunista no cesa de advertir del peligro de una guerra civil. La movilización de militantes aparentemente en favor de Vasco Gonçalves —a quien, sin duda, se daba ya por perdido— servía en esta ocasión para mostrar al país, y concretamente a Costa Gomes, la fuerza del PC y en nombre de quienes habla.

Nada está, finalmente, decidido. El cambio de Vasco Gonçalves no ha superado, hasta ahora, la crisis interior, y el partido comunista no ha conseguido con su esfuerzo vencer la división. ■

PERU

Contrarrevolución en la revolución

El proceso de la revolución peruana ha sufrido un cambio y una nueva inclinación: hacia la derecha. Básicamente, el régimen no cambia (por ahora) y las instituciones son todavía las mismas. Los que han tomado el poder definen su acción como «pronunciamento institucional»: son los comandantes militares de todas las regiones. Aparentemente, el cambio es mínimo: el presidente de la República, Juan Velasco Alvarado, es sustituido por quien era su primer ministro, ge-

neral Francisco Morales Bermúdez. Pero justamente en estos dos nombres alternados reside toda la matización: Velasco Alvarado se radicalizaba cada vez más, avanzaba y profundizaba en el camino de las nacionalizaciones, preparaba nuevas reformas sociales. Y Francisco Morales Bermúdez, definido como católico de la vieja escuela, es considerado como conservador. Se quejaba ya de que el presidente estuviera «influido por ideas marxistas» y el pronunciamento tiene el objetivo



El general Francisco Morales Bermúdez, nuevo Presidente de Perú.

Los Contem pora neos

En aquellos tiempos Etiopía se llamaba Abisinia, y el Negus era un personaje conmovedor. Sus guerreros lanzaban azagayas contra los Savoia de Mussolini que ametrallaban las aldeas

EPITAFIO PARA EL NEGUS

—los aduares— en vuelo rasante. Con la escalofriante simplificación habitual, el mundo había creado dos figuras opuestas: Mussolini y el Negus. Mussolini era el Júpiter tonante que arengaba al Fascio erguido sobre un cañón, el Negus —Haile Selassie—, un hombrecillo diminuto, negro-judio, tocado con un sombrero hongo adquirido en Londres, guarecido bajo un paraguas. Goliat y David. Pero un David espantado, que huía de lo infinitamente más fuerte. No se hubiese podido decir entonces que el Negus era un tirano infinitamente más feroz que Mussolini. Quien lo hubiera dicho se habría salido del gran esquema: Que, por otra parte, era cierto: la enorme fuerza atacaba a la enorme debilidad. Nadie podía en realidad asombrarse de lo que era una continuidad histórica: fue antes y sería inmediatamente después, como sigue siendo ahora. Lo que ocurría entonces era que se tenía una idea mejorativa de lo que debía ser la civilización. El siglo XX también tuvo sus grandes ilusiones.

El Negus ha muerto en olor de tiranía, cargado con todos los crímenes de una historia milenaria —desde sus antepasados, Salomón y la Reina de Saba— y con algunos particulares, con manos y cabezas cortadas y con la culpabilidad de no haber sabido prever y evitar la gran hambre histórica de la sequía. Mussolini murió

treinta años antes, colgado por los pies. ¡Qué profecía imposible en 1936! Cuando el Negus estaba ya como muerto en su pequeñez y en su edad, y Mussolini era arrogante y joven...

Mussolini si tuvo una cierta visión profética. Claro que no predijo su pasión y muerte, ni la caída de su imperio, ni la de su compañero Hitler, ni la restauración del Negus. Los profetas se caracterizan por su considerable desdén hacia la anécdota. Van siempre más allá y más por encima. En aquel tiempo, en aquel mismo 1936 —creo— Mussolini dijo esta frase: "Dentro de treinta años, el mundo será fascista o estará fascitizado".

¡Las vueltas que ha dado la historia para que se pudiese cumplir esta maldición de gitana! Incluso ha sido preciso destruir el nombre de fascismo para que el mundo esté fascitizado. Incluso ha tenido que morir el profeta para que sus enemigos de entonces cumplan la profecía. Todo ha tenido que ser lo otro para que sea lo mismo.

El Negus va al fondo de la tumba con su epitafio triste de tirano derribado. Con toda la terrible lección de la historia sobre las espaldas que parecían frágiles. El gran momento de su vida, para los historiadores occidentales, será siempre aquel en que corría hacia el exilio, pidiendo ayuda a las democracias contra el fascismo... Mientras Mussolini pronunciaba su gran profecía que luego iba a parecer un disparate de risa, y luego-luego una impresionante verdad: "Dentro de treinta años, el mundo será fascista o estará fascitizado...". ■

POZUELO

primordial de evitar las «desviaciones y acciones personalistas» que «desfiguren» el proceso revolucionario de las fuerzas armadas de 1968 que «continuará por sus auténticos cauces señalados en el manifiesto revolucionario, en el estatuto, en el plan de gobierno y en las bases ideológicas de la revolución peruana». La firma del general Leónidas Rodríguez Figueroa al pie del primer comunicado de los comandantes generales al que pertenecen las palabras anteriormente citadas fortalece el deseo de mostrar una continuidad: fue uno de los revolucionarios, que depusieron al gobierno de Belaunde y redactó alguno de los planes del «modelo peruano»: concretamente, el «Plan Inca». A pesar de todo ello, hay razones para preguntarse si el «modelo peruano» se ha roto ahora.

El «modelo peruano» fascinó desde el principio a los estudiosos de la política, sobre todo en Hispanoamérica. Constituía entonces la primera revolución militar apoyada en la izquierda y por la izquierda, que desafiaba al mismo tiempo a la «oligarquía blanca» poseedora de la mayor parte de las tierras y a los capitales de Estados Unidos que dominaban sobre todo las riquezas mineras (plomo, hierro, cinc, cobre) y los yacimientos petrolíferos explotados por la IPC (International Petroleum Company). Los Estados Unidos reaccionaron vivamente contra las expropiaciones y comenzaron una política de cerco. Los sucesivos secuestros de embarcaciones pesqueras de los Estados Unidos en aguas territoriales peruanas —o reclamadas por Perú, cuya industria pesquera es básica: 9/10 millones de toneladas anuales— endurecieron la situación. Al mismo tiempo, Velasco Alvarado abrió las relaciones de su país con los regímenes comunistas, y especialmente con Cuba.

En varios momentos de sus siete años de gobierno, Alvarado acusó a la CIA de quererle derrocar: principalmente en los disturbios del 5/6 de febrero de este año en Lima, producidos por el descontento de la policía (Guardia Civil) y secundados por algunos civiles, en los que Alvarado denunció la actuación del APRA (Acción Popular Revolucionaria Americana), partido obrerista y sindicalista del régimen anterior, dirigido por Víctor Raúl Haya de la Torre, al que consideraba Velasco como pasado hacia la derecha y sometido a presiones de carácter fascista: de clases medias reivindicatorias de una situación de bienestar que tenían perder por el ascenso de las clases no privilegiadas: especialmente, las masas indias, que irían tomando posesión de la agricultura y que bajaban de los Andes hacia las ciudades para trabajar en la industria. Dominada aquella revuelta, Alvarado acentuó su política de nacionalizaciones (en marzo, la All America y la West Coast, de comunicaciones; en mayo, la Gulf Oil, de petróleo; en junio, la Marcona Mining) y tomó también la decisión de entregar la gran prensa a sus propios trabajadores o de organizaciones gremiales, por la explicación

de que la prensa privada trataba de favorecer la «oligarquía blanca» y era contrarrevolucionaria, y mediante la tesis de que la propiedad de los medios de información debe pertenecer directamente al pueblo. Desde la derecha se le acusó de haber tomado esta medida exclusivamente para callar a la oposición y terminar así con una libertad, tema al que fueron también sensibles algunos intelectuales considerados como de izquierda.

Velasco Alvarado acababa de pronunciar un discurso, en el que exponía las líneas más recientes de su pensamiento político. El día 27 de agosto inauguró la conferencia de países no alineados y explicó lo que llamó estrategia de conjunto para estos países. Su idea era la de que la humanidad se encuentra en estos momentos en un punto histórico caracterizado por el «impulso revolucionario», que se enfrentaba con «la incompreensión real con respecto al carácter unitario del mundo». «Si las oligarquías nacionales son un anacronismo, las oligarquías internacionales también lo son». Todo ello podría abrir la puerta a una nueva guerra mundial «sin precedentes» contra «la brecha creciente que se abre inexorablemente entre los pueblos subdesarrollados y las naciones que registran un crecimiento industrial vertiginoso». «Los países del tercer mundo deberían limitar sus gastos en armamento y utilizar esa inversión en recursos para el desarrollo económico y social». Con respecto al «modelo peruano», Velasco afirmó que el objetivo final de su gobierno era el establecimiento de «una democracia social de participación plena».

Después de este discurso, Velasco Alvarado ha emitido solamente un breve comunicado para despedirse de su pueblo. «Al alejarme del proceso revolucionario —dice—, lo hago con la satisfacción del deber cumplido y de haber sentado las bases para un nuevo Perú». El comunicado está lleno de prudencia. En ningún momento acusa a los nuevos dueños del poder —que son quienes han difundido el mensaje por todos los medios de comunicación—, pero pide «a todos los hombres y mujeres del Perú, con uniforme y sin él, que se mantengan «siempre unidos y den el apoyo que requiera la continuidad del proceso revolucionario».

El nuevo presidente, Francisco Morales Bermúdez, era primer ministro y ministro de la Guerra, comandante general del Ejército: prácticamente, reunía más poder en sus manos que el propio Alvarado, y acaba de demostrarlo. Su carrera militar se considera brillante, y su carrera política se inició con el régimen anterior: el presidente Belaunde le hizo ministro de Hacienda, cargo al que más tarde renunció Morales Bermúdez por incompatibilidad con Belaunde. Era coronel cuando se realizó el golpe de 1968, con el cual colaboró estrechamente. No tiene la popularidad de Velasco Alvarado, pero sí tiene más en sus manos las tramas del poder. ■

LIMA/MEXICO

La voz del Tercer Mundo

● Simultáneamente se han celebrado dos importantes reuniones de los países subdesarrollados: la Conferencia de Lima (Conferencia de países no alineados, con participación de 34 países de África, Asia, América y Yugoslavia, como única nación europea) y el «Fórum del tercer mundo» en México. La primera tenía un carácter organizativo, la segunda deliberante: el temario y los objetivos eran tan similares que en algunos casos los delegados en México han referido sus declaraciones a los documentos presentados en Lima. El «Fórum...» ha sido una reunión de intelectuales y científicos de países subdesarrollados que participaban en la discusión a título personal; la Conferencia, una reunión de ministros de Asuntos Exteriores. Tanto en uno como en otro se ha tratado primordialmente de constituir «un nuevo orden económico internacional», basándose en la idea de que la actual crisis del capitalismo mundial «no es solamente una crisis de coyuntura, sino de instituciones», según el delegado pakistani en México. El informe de México propone la creación de un Banco internacional con la participación adecuada de los países del tercer mundo y la sustitución del dólar o de la libra esterlina por una moneda internacional que cuente con el apoyo del tercer mundo. Se propone la elaboración de un código que reglamente las relaciones entre los inversores extranjeros y los países del tercer mundo, que determine y garantice las relaciones entre los inversores extranjeros y los países del tercer mundo y que realice la revisión de los contratos actuales entre las compañías

transnacionales y las naciones subdesarrolladas. Los países del tercer mundo deberían ejercer un control mayor sobre las exportaciones de sus productos, de su transporte y su distribución, y la necesidad de que estos países puedan fijar los precios de sus mercancías. Se propone también una reforma de las Naciones Unidas sobre las bases de «internacionalización, democratización y descentralización».

Estas bases presentadas en México son las desarrolladas en Lima, donde se ha propuesto un estatuto para las empresas transnacionales y la importación de tecnología, la creación de un comité intergubernamental ejecutivo que controle las materias primas y la creación de un fondo de cooperación y solidaridad del movimiento para promover el desarrollo. El contrapunto dramático de la caída del Presidente Alvarado antes de que terminase la Conferencia que él había iniciado, convocado y presidido en su primera sesión hizo pensar a muchos de los delegados si el enemigo al que tratan de combatir por estas institucionalizaciones del pensamiento y la economía del tercer mundo no actúa siempre por otra vía que le permite desbaratar todos estos esfuerzos. La relación entre el derrocamiento de Alvarado y las últimas nacionalizaciones de capital de los Estados Unidos en el Perú pareció bastante evidente. Un recuerdo: la caída de Ben Bella y la instalación de Bumedian en Argelia, precisamente en el momento en que iba a comenzar en Argel (junio de 1965) una Conferencia de Jefes de Estado de países neutralistas, que hubo de ser suspendida. ■

ARGENTINA

Los militares actúan

● Hecho importante en la difícil crónica política de Argentina: los militares han intervenido para cortar dos decisiones del gobierno. Las dos les concierne directamente. Una de ellas es el nombramiento del coronel Damasco como ministro del Interior, sobre el que debía reposar toda la fuerza del gobierno. Otra es el nombramiento del general Alberto Numa Laplane como comandante en jefe del Ejército. Este hecho estaría en relación con el anterior: Numa Laplane habría aprobado el nombramiento ministerial de Damasco. El Ejército está sosteniendo al gobierno con numerosas reservas, y explícitamente como simple apoyo al poder establecido, pero

manteniendo al mismo tiempo una neutralidad política. No se niega, por otra parte, en la colaboración para luchar contra las guerrillas armadas. El nombramiento de Damasco (véase el número anterior de TRIUNFO) se interpretaría como una participación directa del Ejército en la política gubernamental, cosa que no desea de ninguna manera. El Ejército abandonó el poder en 1973, hace 27 meses, después de haber convocado elecciones generales y, fiel a su palabra, lo entregó a los vencedores de esas elecciones, los peronistas. Pero ha guardado siempre sus distancias.

Ante la combinación militar, hecha solidaria y unitariamente —la Ma-